

reccion de la carne era una idea demasiado material para su elevada y refinada creencia. Así, el sueño del monje, que habia durado cuatro meses, se disipó en un instante y corrió á su cuarto con un pensamiento fijo... el desierto... y allí una celda para Pelagia y otra para él. Allí se arrepentirian, rogarian, pasarían la vida gimiendo uno junto á otro, si Dios tenia misericordia de sus almas. Sin embargo... tal vez no se la hubiese bautizado, y entonces estaba segura. Como otros individuos del paganismo, entraria en la clase de catecúmena, y se bautizaria, lavando el agua mística en un momento todo lo pasado, y comenzando para ella una nueva vida con el puro ropaje de la inocencia. Pero él habia sido bautizado, lo sabia por Arsenio, antes de dejar á Atenas, y Pelagia le excedia en edad. Era imposible que fuese pagana; aunque no perdía la esperanza... Sin aliento, con tanta ansiedad y excitacion, subió corriendo las estrechas escaleras y halló á Miriam á la puerta de su cuarto, con la mano en el pestillo, inclinada, en la apariencia, á disputarle el paso.

—¿Está aun dentro?

—¿Y qué tenemos con que esté!

—Déjame entrar en mi cuarto.

—¿Tuyo? ¿Quién ha pagado por tí el alquiler en los últimos cuatro meses? ¿Qué vas á decirle? ¿Qué harás por ella? ¡Jóven pedante, es preciso que ames antes de poder ayudar á infelices criaturas enamoradas!

Pero Filemon la empujó tan furiosamente, que la vieja tuvo que dejarle libre el paso, y con siniestra sonrisa le siguió.

Pelagia se precipitó hácia su hermano.

— Quiere?... ¿Quiere verme?

—No hablemos mas de ella, querida, dijo Filemon poniendo con dulzura sus manos en los hombros de la jóven y mirándola fijamente.... Mejor es que los dos, sin auxilio de personas estrañas, procuremos conseguir nuestra libertad.... ¿Confías en mí?

—¿En tí? ¿Y eres capaz tú de ayudarme? ¿Me enseñarás tú?

—Si; mas no aquí.... Debemos huir de estos sitios....

—Oye, óyeme por un momento, querida hermana. ¿Eres tan feliz aquí, que no puedas concebir un punto mejor? ¿Y

(¡pluguiera á Dios que no fuese verdad!) no hay luego un infierno?

Pelagia se cubrió el rostro con las manos.

—El anciano monge me advirtió eso mismo.

—¡Oh! aprovecha su advertencia....!

Y Filemon empezó á hablar del lago de fuego y plomo derretido, como estaba acostumbrado á oír en boca de Pambo y Arsenio; Pelagia le interrumpió.

—¡Oh, Miriam! ¿Es cierto? ¿Es posible? ¿Qué va á ser de mí? exclamó la pobre jóven.

—¿Y qué habría con que fuese cierto? Que diga cómo te salvará de semejante destino, respondió Miriam tranquilamente.

—¿No la salvará el Evangelio....! ¡Incrédula judía! No me contradigas. Puedo, sí. ¿No es capaz de arrepentimiento? ¿No lo es de mortificar esas bajas pasiones! ¿No puede obtener el perdón?.... ¡Oh, mi amada Pelagia! perdóname que haya soñado un momento en hacer de tí una filósofa, cuando está en tu mano ser una santa de Dios, una....

De repente se detuvo por haberle

asaltado la idea del bautismo, y con voz trémula le preguntó:

—¿Estás bautizada?

—¿Bautizada? dijo la jóven sin entender casi el vocablo.

—Sí.... por el obispo.... en la iglesia...

—¡Ah! contestó, ahora me acuerdo... Tenía de siete á ocho años.... Había allí una fuente y señoras que me desnudaron.... Y luego me metieron dentro, y un anciano me sumergió la cabeza en el agua tres veces.... Me he olvidado de lo que significaba todo aquello.... ¡hace tanto tiempo! Lo que sé es que usaba despues un vestido blanco.

Filemon retrocedió con un gemido.

—¡Desdichada! ¡Dios tenga misericordia de tí!

—¿No me perdonará! Tú, sin embargo, me has perdonado, y El.... El debe ser mejor que tú. ¿Por qué no?

—El te perdonó libremente, cuando fuiste bautizada, y no te perdonará segunda vez, á menos que....

—¡A menos que no deje mi amor! exclamó Pelagia.

—Cuando el Señor perdonó á la bienaventurada Magdalena, y le dijo que su fé la habia salvado.... ¡prosiguió vivien-

do en medio de los placeres de este mundo? ¡No! Aunque Dios la habia perdonado, ella no se perdonó á sí misma. Huyó al desierto, y allí, desnuda y descalza, sin mas vestido que sus cabellos, alimentándose de la yerba del campo, estuvo ayunando y orando hasta el dia de su muerte, sin volver á ver el rostro de ningun hombre, visitada y confortada solo por ángeles y arcángeles. Y si ella, á pesar de no haber delinquido de nuevo, necesitó tan larga penitencia para salvarse.... ¡Oh, Pelagia! ¿qué no exigirá Dios de tí, habiendo quebrantado el voto del bautismo y contaminado la blanca vestidura que las lágrimas de la penitencia únicamente pueden restituir á su primitiva pureza?

—¡Pero yo no sabia nada de eso! ¡Yo no pedí que me bautizasen! ¡Cruelles, crueldes padres que me habeis conducido á tal extremo! ¡Cruel Dios, que me perdonaste tan temprano!.... ¡Ir á los desiertos! ¡Ah! ¡No me atrevo! ¡No puedo! ¡Soy tan delicada, tan tierna! ¡Me moriría de hambre y de frio! ¡Me volvería loca de miedo en aquella soledad! ¡Oh, hermano, hermano! ¿es este el Evangelio de los cristianos? Vengo á tí para

que me enseñes á ser sabia, buena y respetada, y me dices que todo lo que puedo hacer es pasar aquí una horrible vida de tormento, á ver si acaso me libra de las eternas penas. ¿Y cómo sé que me libro de ellas? ¿Cómo sé que me salvaria? ¿Es esto cierto, Miriam? Respóndeme, ó perderé el juicio.

—Sí, dijo Miriam con burla. Ese es el Evangelio y esas son las nuevas de salvacion, segun la doctrina de los Nazarenos.

—¡Iré contigo! exclamó Filemon. ¡Iré y no te abandonaré nunca! ¡Tambien yo tengo pecados que lavar!.... ¡Feliz si consigo lavarlos!.... Te construiré una celda al lado de la mia, y hombres benévulos nos enseñarán, y rogarémos juntos dia y noche por nosotros y por los demas hombres, y acabaremos juntos nuestras tristes vidas....

—Vale mas que muramos aquí de una vez, dijo Pelagia con desesperado ademán, arrojándose al suelo.

Filemon iba á levantarla, cuando Miriam le cogió por el brazo y le dijo en voz baja y de prisa:

—¡Estás loco? ¡Quieres destruir tu

propia obra? ¿Por qué le has hablado en estos términos? ¿Por qué no aguardar... por qué no darle esperanza.... tiempo para recogerse en sí misma y renunciar á su amante, en vez de aterrarla y disgustarla desde el primer momento, como has hecho? ¿Tienes corazón humano? Ni una sola palabra consoladora para esta pobre criatura, sino infierno, infierno, infierno... Primero dirige la vista á tí, y considera que tu peligro de descender á él, es mayor de lo que imaginas.

—No puede ser mayor de lo que yo imagino.

—¡Considéralo bien, pues! En cuanto á Pelagia... infeliz jóven... hasta nosotros los judíos, que sabemos que todos vosotros, gentiles, estais igualmente sentenciados al Gehenna, concebimos alguna esperanza respecto de esa pobre criatura, que ha carecido de toda instruccion.

—¿Y cuál ha sido la causa? ¡Miserable de tí! ¡En tu mano estuvo su educacion, y tú la sepultaste en el pecado y la vergüenza! Tú arrancaste de su memoria la fé en que habia sido bautizada.

—Tanto mejor para ella si su recuer-

do no la hace mas feliz de lo que hemos visto ya... Mejor es despertar inesperadamente en el Gehenna, que vivir con su temor un dia y otro dia. En cuanto á no haberla instruido, tú eres testigo de que no se le ha enseñado poco. Primero debieras maldecir á tus padres por haberla bautizado, que á mí por haberle proporcionado diez años de deleite antes de que vaya al abismo de Joséf. Ea, no te irrites conmigo. La vieja judía es tu amiga, por mucho que la desprecies. Pelagia se casará con ese godo.

—¿Con un herege arriano?

—Ella le convertirá y hará de él un católico, si quieres. De todos modos, si deseas atraerla á tu partido, habrás de seguir la marcha que te he trazado. has puesto en planta inútilmente tus medios; déjame ahora poner los míos. ¡Pelagia, querida Pelagia! ¡Levántate y sé muger! Abajo encontraremos un filtro que dar á ese ingrato, y que le enamorará mas de tí mañana por la mañana que lo que ha estado nunca.

—¡No! dijo Pelagia alzando los ojos. ¡Nada de filtros! ¡Nada de venenos!

—¡Venenos, loquilla! ¿Dadas de la

habilidad de la anciana? ¿Crees que yo le privaré de la razón, como hizo Calisfira el año pasado con su amante, por fiarse de las drogas de la vieja Megera y no acudir á mí?

—¡No! ¡Nada de drogas ni de magia! ¡Ha de amarme realmente y no de otro modo! ¡Ha de amarme por mí misma, porque sea digna de su amor, porque me honre y me adore.... ó déjame que muera! ¡Hasta cuando mis sentimientos eran mas bajos, me he jactado de no tener que usar de semejantes medios de conquistar, como Afrodita, siendo reina en el uso de mi derecho! ¡No he necesitado mas filtro que yo misma; en el momento que necesite otro, quiero morir!

—¡Tau loca la una como el otro! exclamó Miriam perpleja. ¡Chiss! ¿Qué pasos son esos en la escalera?

En aquel momento se oyeron efectivamente pasos de gente que subía... Los tres se miraron llenos de terror. Filemon, creyendo que fuesen monges en su busca, Miriam, suponiéndoles guardias de Orestes que viniesen por ella, y Pelagia, porque le asaltaban temores vagos de todo....

—¿Hay otro cuarto mas adentro? preguntó la judía.

—Ninguno.

La vieja apretó los labios y sacó su puñal. Pelagia se cubrió el rostro con el manto y permaneció en pié trémula, inclinada hácia adelante, como si aguardase otro golpe. La puerta se abrió, pero no entraron ni monges ni guardias, sino Wulf y Smid.

—¡Hola, señor monge! exclamó el último riéndose. ¿Velos por aquí? ¿Dedicada á tu antiguo comercio, digna portera del infierno? Bien, márchate ahora; tenemos algo que decir á este jóven.

Y sin que sospechasen nada los dogos, Pelagia y Miriam bajaron precipitadamente la escalera.

—A lo menos la jóven parece un poco avergonzada de su escursión... Wu empieza ya y habla bajo; yo cuidaré que nadie escuche á la puerta.

Filemon fijó en aquellos dos individuos con marcado disgusto una mirada escudriñadora. ¿Qué derecho ten ellos ni nadie de interrumpir en aquel momento su miseria y su infortunio? Pero no tardó en desarmarle el vi

Wulf, que se adelantó hácia él, y le alargó su mano ancha y morena.

Filemon la tomó, y en seguida, cubriéndose con las suyas el rostro, se deshizo en lágrimas.

—Obraste bien. Eres un chico valiente. Si hubieras sucumbido, cualquiera se estimara honrado muriendo como tú.

—¿Estábais, pues, allí? preguntó Filemon con sollozos.

—Estábamos.

—Y lo que es mas, dijo Smid, algunos de nosotros habíamos decidido saltar y abrirte paso. Un hombre, por lo menos, á quien conozco, sintió su vieja sangre caliente en aquel instante como si contase catorce años. ¡Miserable! ¡Y al cabo silbarla! ¡Oh! ¡Si antes de morir tuviese una hora para acuchillarlos!

—¿La tendrás! dijo Wulf. Joven, ¿quieres ver en tu poder á tu hermana?

—Imposible... imposible. Ella no dejará nunca al Amal.

—¿Estás seguro de eso?

—Así me lo ha dicho no hace diez minutos. Ella era la que salía cuando entrásteis.

Smid lanzó una maldicion, en que se pintaban su asombro y sentimiento.

—¿Si la hubiera conocido! ¡Por el alma de mis padres, se habria cerciorado de que era mas fácil venir aquí que volver á casa!

—Silencio, Smid. Mejor es así. Joven, si la pongo en tus manos, ¿te la llevarás contigo?

Filemon vaciló un momento.

—Sabes ya á cuánto me atrevo. Pero estaria mal usar de violencia.

—Déjate de consideraciones filosóficas.

—¿Olvidas, príncipe, la parte concerniente al dinero? dijo Smid sonriéndose.

—No; pero no juzgo al joven tan bajo que vacile por eso.

—Sin embargo, bueno es que sepa que prometemos enviar tras ella todas sus joyas y ropas, hasta los regalos del Amal. En cuanto á la casa, no queremos tenerla alquilada mas tiempo del necesario. Tratamos pronto de emprender negocios en mayor escala, como dicen estos tenderos.... ¿Eh, príncipe?

—¿Su dinero?.... ¡Dios le perdone! respondió Filemon. ¿Me creéis tan miserable que lo toque? Pero estoy re-

suelto. Decidme lo que debo hacer, y lo haré.

—¿Conoces la callejuela que baja hasta el canal, junto á la pared izquierda de la casa?

—Sí.

—¿Y la puerta en la torre del rincón, cerca del desembarcadero?

—Tambien.

—Colócate allí con una docena de monges robustos mañana despues de puesto el sol, y toma lo que te entregue. En seguida, gobiernate como puedas.

—¿Monges? dijo Filemon. Estoy en guerra abierta con toda la orden.

—Haz, pues, las paces con ella, dijo Smid.

Filemon se estremeció interiormente.

—¿Supongo os será igual que lleve á quien yo quiera?

—Lo mismo que el que la sumer as ó no en el canal cuando te la entreguemos, respondió Smid: lo primero es lo que haria un godo si se hallase en tu lugar.

—No atormentes á ese pobre jóven, amigo. Si él cree poder corregirla en vez de castigarla, deémosle en nombre

de Freya, que se ponga á ello. Entrarás allí, ¿no es verdad? No olvides que te aprecio, y ahora mas que nunca, porque hablaste como una Saga y te condujiste como un héroe. Así, te advierto que si no llevas contigo una buena escolta mañana á la noche, tu vida corre peligro. Toda la ciudad anda por las calles, y solo Odin sabe qué sucederá y quién estará vivo dentro de cuarenta y ocho horas. No olvides esto. La multitud puede ejecutar cosas extraordinarias y verlas ejecutar mas extraordinarias aún. Si te encuentras seguro aquí, no te muevas, dado que estimes su vida y la tuya. Y... si estás dotado de cordura, haz que te acompañen al canal monges, aunque cueste á tu orgullo.

—No me parece bien eso, príncipe. ¡Estás hablando demasiado! interrumpió Smid; mientras que el jóven, haciendo de tripas corazón, respondió:

—¡Sea así!

—He ganado la apuesta, Smid, dijo el anciano riéndose al salir ambos á la calle, con sorpresa y temor de todos los vecinos, en tanto que los chicos palmo-teaban y los perros ladraban viendo aquellas estrañas figuras.

—No ha habido juego, no puede haber paga, Wulf. Mañana veremos.

—¡Yo sabía que ese chico resistiría la prueba! Estaba seguro de la rectitud de su corazón.

—De todos modos, no hay que temer se porte mal con la infeliz, si la ama hasta el extremo de postrarse por ella á los piés de sus enemigos.

—De eso no respondo, dijo Wulf sacudiendo la cabeza. Esos frailes, según he oído, creen que su Dios los amará mas, cuanto mas miserables son; así quizá crean que los amará mas, cuanto mas miserables hagan á otros. Sin embargo, eso no nos importa.

—Harto tenemos que pensar en nuestros asuntos. Pero acuérdate que no ha habido juego, y que no puede haber paga.

—Cierto que no. ¡Qué llenas de gente están las calles! No será posible que veamos esta noche á los guardias si esa chusma sigue en aumento.

—Bastante nos costará, se me figura el guardarnos á nosotros. ¿No oyes lo que gritan? Mueran los paganos. Mueran los bárbaros. Esto alude á nosotros, como sabes.

—¿Piensas que nadie, sino tú, entienda el griego? Que vengan.... Nos servirá de excusa para que dure el saqueo una semana.

—Pero ¿cómo hablaremos á los guardias?

—Darémos un rodeo embarcándonos en el canal. Sobre todo, los hechos los atraerán mejor que las palabras. Ellos tendrán que ponerse de nuestra parte, y es probable que se alegren de nuestro auxilio; pues si la multitud ataca á alguien, empezará por el prefecto.

—Y entonces.... ¡mal hayan sus gritos! Cuando los soldados vean á su cabeza á nuestro Amal, estarán dispuestos á seguirle á una milla, si antes solo pensaban andar una vara.

—No lo dudo, en cuanto á los godos, marcomanos, dacios ó tracios, ó como quiera que los llamen los romanos; pero no tengo confianza en los hunos.

—¡Maldígalos el cielo! Pero apenas hay veinte esparcidos en diferentes tropas: uno de nosotros vale por tres de ellos, y es seguro que se arrimarán al partido que triunfe. ¡Ademas, el atractivo del saqueo, camarada! ¿Dónde has visto un huno que no se decida á mar-



char, aunque solo le incite el olor de una vela de sebo?

—En cuanto a los galos y latinos.... prosiguió Wulf, pertenecen al que tiene con que pagar sus servicios....

—Y nosotros, como todos los generales sábios, les pagaremos una parte de nuestros bolsillos y nueve de los del enemigo. ¿Y el Amal está cansado?

—Como sus sabuesos; pero ahora ha caído que hacer. Sin embargo, su corazón es justo, lo conozco, solo que nunca ha podido prever nada con veinte y cuatro horas de antelación. Ahora mismo, si Pelagia le prende en sus redes otra vez, arrojará la espada y se quedará tan profundamente dormido como siempre.

—No temas, pues el destino de Pelagia está ya fijado. ¡Mira como se agolpa la chusma delante de casa! Entraremos por la puerta secreta.

—¡Entrar por un agujero, como ratones! No; yo seguiré mi camino. ¡Desenvaina ó huye!

—No ahora.  
Y espada en mano, marcharon derechos al centro de la multitud, que se abrió para que pasasen, como un rebaño de carneros.

—Conocen á sus pastores, dijo Smid.

Pero la muchedumbre, viéndolos á punto de entrar en la casa, empezó á gritar:

—¡Godos! ¡paganos! ¡bárbaros! y se precipitó sobre ellos.

—¡Pues que lo queréis, sea! dijo Wulf.

Y las dos largas y brillantes espadas despidieron rayos en torno de sus cabezas, luciendo cada vez mas rojas....

Los dos ancianos no detuvieron por eso el paso, y habiendo llamado á la puerta, entraron, dejando afuera mas de un cadáver.

—Ahora tenemos excelente pretesto, dijo Smid, mientras limpiaban sus espadas.

—Sin duda. Con el bote y media docena de hombres, Goderico y yo iremos por el canal al palacio, y hablaremos una ó dos palabras con los guardias.

—¿Por qué no hacer que vaya el Amal y ofrezca nuestra ayuda al prefecto?

—¿Cómo? ¿Crees contar con él despues de lo que ha pasado? Su honor le manda estarse quieto.

—De seguro que no objetará nada á esa resolución.

—Pero no olvides el bolsillo del dinero, que es el mejor de todos los oradores, le gritó Smid riéndose cuando le vió irse á preparar el bote.

## CAPITULO XXV.

### EN BUSCA DE UNA SEÑAL.

—¿QUE respuesta ha enviado, padre? preguntó Hipatia, al ver á Teon de vuelta, despues de entregar la malhadada carta dirigida á Filemon.

—¿Es un insolente! La hizo pedazos, y se marchó sin hablar palabra.

—Que se vaya y nos abandone como los demas, en nuestro infortunio.

—A lo menos tenemos las joyas.

—¿Las joyas! Que se devuelvan á su dueño. ¿Nos contaminariamos tomándolas como salarios de cosa ninguna... y sobre todo, de lo que no ha llegado á verificarse?

—Pero hija mia, nos fueron dadas libremente. Me suplicó que las tomase; y... y si te he de decir la verdad, debo conservarlas. Despues de este desastre,

ten por seguro que todos los acreedores reclamarán que se les pague.

—Que se lleven nuestra casa y muebles, y que nos vendan como esclavos. Que tomen todo, con tal que nos dejen nuestra virtud.

—¿Qué nos vendan como esclavos? ¿Estás loca?

—Aun no lo estoy enteramente, padre, respondió Hipatia con triste sonrisa. Pero ¿crees que si fuéramos esclavos estariamos peor que ahora? Rafael Aben-Ezra me dijo que obedecia mis preceptos, cuando salió de Alejandría como un pordiosero, sin lecho ni hogar; ¿y no tendré yo valor para obedecerlos, si fuere necesario? El pensamiento de su fuerza, de su sufrimiento, me ha avergonzado en medio de mi lujo en estos últimos meses. Al cabo, ¿qué debe el filósofo exigir sino pan y agua, y el claro arroyuelo en que lavar las diarias manchas de su arte terrestre? Que se cumpla el destino. Hipatia no luchará mas contra la corriente.

—¿Hija mia! ¿Y así has renunciado á toda esperanza? ¿Tan pronto desalentada! ¿Cómo! ¿este desdichado accidente ha podido destruir los proyectos de mu-